

Russ, Joanna, *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*. Trad. Gloria Fortún. Barrett/Dos Bigotes, 2018. ISBN 978-84-948871-4-7.

En febrero de 2018 se publicó en español *Mujeres y poder* de Mary Beard. Bajo el incendiario subtítulo de «manifiesto», esta obra reflexionaba en torno a la «relación culturalmente complicada entre la voz de las mujeres y la esfera pública de los discursos, debates y comentarios» (18) e ilustra con innumerables ejemplos la «tremenda resistencia a la intrusión en el territorio discursivo tradicionalmente masculino» (39). En el capítulo «Mujeres en el ejercicio del poder» la académica y divulgadora inglesa sostenía con firmeza: «Mi premisa fundamental es que nuestro modelo cultural y mental de persona poderosa sigue siendo irrevocablemente masculino» (58).

De una premisa similar, aunque centrada en el ámbito de las artes y, en particular, de la literatura, parte *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* de Joanna Russ (Nueva York, 1937-Tucson, 2011), autora de ciencia ficción y profesora de literatura inglesa de la Universidad de Washington. Y es que en este ensayo, centrado en la «historia de la ocultación, disuasión y degradación de la escritura de las mujeres» (235), se analiza cómo las escritoras (y muchas otras mujeres que se han atrevido a adentrarse en el mundo de las artes y, en menor medida, de las ciencias) han sido vistas como usurpadoras de un privilegio vedado al género femenino por ser exclusivo de la «aristocracia artística del planeta» (32).

Publicado en inglés en 1983 y editado en español treinta y cinco años después por las editoriales Barrett y Dos Bigotes, *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* se presenta como una guía o «herramienta analítica» (34) que, a lo largo de once capítulos, sistematiza los «patrones

que se repiten en las técnicas para acabar con la escritura de las mujeres» (34), de los que aporta sendos ejemplos, provenientes sobre todo del mundo angloparlante.

En los dos capítulos iniciales Russ indaga en un par de cuestiones fundamentales. De una parte, en las «prohibiciones informales» (53) –pobreza, precariedad laboral, trabajo doméstico, limitaciones formativas impuestas, falta de tiempo, de energía y de autoestima, etc.– que han limitado y desmoralizado a las mujeres con inquietudes literarias. De otra, en la «mala fe» o «este grandioso y confuso tipo de ingenuidad humana» (56) descrito por Jean Paul Sartre que motiva la perpetuación del menosprecio de la literatura femenina. Cabe aclarar que Russ se decanta por este sesgo tras descartar otros posibles, a saber: la conspiración consciente y la ignorancia.

En los capítulos centrales, concretamente del tercero al octavo, Russ nos presenta seis estrategias de uso reiterado por parte de la crítica y de la historiografía para descalificar y subestimar la producción literaria femenina. En un registro coloquial los enuncia una y otra vez de una manera inquietantemente reconocible: «No lo escribió ella» (121), «Lo escribió ella, pero no debería haberlo hecho» (145), «Lo hizo, pero fíjate sobre qué cosa escribió» (100), «Lo escribió ella, pero no es una artista de verdad y no es serio ni del género literario correcto. Es decir, que no se trata de auténtico arte» (145), «Lo escribió ella, pero solo escribió uno» (145), «Lo escribió ella, pero su obra es muy escasa» (132), «Lo escribió ella, pero su importancia es limitada» (132), «Lo escribió ella, pero solo interesa / está incluido en el canon por un único motivo» (145), «Lo escribió ella, pero hay muy pocas como ella» (145)...

El primer tópico hace referencia a la «negación de la autoría» (57), que contempla desde la





intervención creativa de otro autor (el hermano en el caso de las hermanas Brontë) hasta la «falacia hermafrodita» (60) (que atribuye la obra al lado masculino de la autora) y la existencia de mujeres «ultrafemeninas» (que exceden los límites de su sexo).

El resto no son tópicos negacionistas, pero, si bien admiten la autoría femenina, introducen objeciones y reservas de muy diversa índole. Por ejemplo, la «contaminación de la autoría» (65) apunta a la inmoralidad de las mujeres escritoras y quizás explique, en opinión de Russ, «el incremento de los pseudónimos masculinos entre las escritoras durante la última mitad del siglo XIX, una época en que el anonimato estaba basándose en el ámbito periodístico» (69). Asimismo, el «doble rasero del contenido» (87) infravalora la experiencia vital de las mujeres por escasa y limitada, hecho que parece confinar su escritura al ámbito privado y a las confesiones sentimentales.

En el caso de «la falsa categorización» (103) la estrategia se centra en clasificar a las mujeres (bueno, en realidad, a aquellas que no son ninguna por la «escuela del no-existe») (107), según varios criterios arbitrarios y reduccionistas como por ejemplo su vínculo con artistas masculinos (múltiples incluso sin profundizar en el mito del genio y la musa) y ciertos estereotipos sexistas que reducen a las autoras a putas, solteras, esposas devotas y sumisas o trágicas suicidas. Esta estrategia mantiene alejadas a las mujeres del canon literario. Si alguna osa ingresar en él, se acude a la estrategia del «aislamiento» (123). Esta consiste, bien en valorar a las escritoras por una porción ínfima de su producción o por una única obra (mecanismo que Russ denomina el «mito del logro aislado») (123), bien en minimizar su relevancia.

Siempre queda, además, la opción de acudir a la estratagema abordada en el octavo capítulo:

la «anomalía» (145). Aquí la identidad y la calidad no se cuestionan, pero se insiste hasta extremos insospechados en la excepcionalidad de la autora.

Este argumentario contra la escritura de las mujeres lleva a Joanna Russ a reflexionar en el noveno capítulo de su ensayo sobre las nefastas consecuencias de la ausencia de referentes y modelos literarios femeninos para las aspirantes y aprendices de escritoras. Ante la suspicaz pregunta «Si las mujeres pueden, ¿por qué no lo han hecho?» (173), apuesta por la necesidad de redescubrir y revalorizar la literatura escrita por mujeres. En el décimo capítulo anima, además, a rechazar la premisa «Las mujeres no pueden escribir» (179), a no renunciar a hacerlo y a responder a ella de una forma contundente (que no iracunda) concentrándose en la propia escritura.

En ese sentido la obra no se cierra sin aclarar que el objetivo último de su propuesta es «remediar la parcialidad y la exclusividad» (199) de lo que en el epílogo se denomina el «Canon Sagrado de la Literatura» (228), el cual ha infravalorado la escritura de las mujeres (y de otros grupos de creadores «inapropiados»).

De la misma manera que el «manifiesto» de Mary Beard incita a modificar el ámbito de la esfera pública, este impetuoso ensayo invita a desarticular el argumentario que ha funcionado como decálogo y perpetuado la exclusión secular de las mujeres del mundo de la literatura. Consciente de esa ingente labor, Joana Russ apunta en su epílogo: «No está acabado, tú lo terminas» (232).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BEARD, Mary. *Mujeres y poder*. Barcelona: Crítica, 2018.

Bárbara RODRÍGUEZ MARTÍN

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2019.18.09>